

seaba la doncella otra cosa que tenerla por confidenta y consoladora; mas la vergüenza la impedía hablar, y no encontraba su modestia expresiones que describieran estado tan indigno de ella, como la emoción que mal de su grado agitaba sus sentidos. Finalmente, sirviendo su propia vergüenza de indicio á su madre, le sacó esta afrentosa confesion. Lejos de afligirla con reprensiones injustas, la consoló, la compadeció, lloró con ella; pues era sobrado cuerda para acriminarle una dolencia que su virtud solo hacia que fuese tan acerba. Mas ¿por qué, sin necesidad, aguantaba un mal que tan legítimo y fácil remedio tenia? ¿Por qué no usaba de la libertad que le habian dado? ¿Por qué no aceptaba un marido? ¿Por qué no le escogia? ¿No sabia que era árbitra de su suerte, y cualquiera que fuese su eleccion, seria confirmada, pues no podria menos de ser honesta? La habian enviado á la ciudad, y no habia querido quedarse; se habian presentado muchos pretendientes, y todos los habia desechado. Pues ¿qué esperaba? ¿Qué queria? ¿Qué inexplicable contradiccion!

La respuesta era obvia. Si no se tratase mas que de un alivio para la mocedad, bien pronto se hiciera la eleccion; pero no es tan fácil escoger un dueño para la vida entera; y no pudiéndose separar estas dos elecciones, es menester esperar, y á veces dejar que se vaya la juventud, antes de encontrar al hombre con quien se quiere pasar la vida. Esta era la situacion de Sofia: necesitaba un amante, pero este amante habia de ser un marido; y para un corazon como el suyo necesitaba, casi tan difícil era hallar lo uno como lo otro. Todos esos mozos tan brillantes solo concordaban con ella en la edad; siempre les faltaban las demás conformidades: la superficialidad de su espíritu, su vanidad, su charlataneria, sus desarregladas costumbres, sus frívolas imitaciones, se los hacian repugnantes. Buscaba un hombre, y solo hallaba monos; buscaba un alma, y no la encontraba.

«¡Qué desgraciada soy! decia á su madre: necesito querer, y no veo cosa que me llene. Mi corazon repele á todos aquellos que mis sentidos atraen. No veo uno que no excite mis deseos, ni uno que no los refrene: el

gusto sin la estimacion no puede ser duradero. ¡Ah, no es ese el hombre que Sofia necesita! Grabado está el modelo que la hechiza en el fondo de su corazon. A él solo puede amar, y hacer dichoso, y solo con él puede ella serlo. Mas quiere consumirse y padecer sin cesar, mas quiere morir desgraciada y libre, que desesperada junto á un hombre á quien no quisiera y al que haria desgraciado; mas vale morir, que existir solo para padecer.»

Asombrada su madre de estas rarezas, le parecieron tan extravagantes que sospechó encerraban algun misterio. Sofia no era melindrosa ni ridicula. ¿Cómo habia podido entrar esta excesiva delicadeza en ella, á quien desde su niñez nada la habian inculcado tanto como el deber de acomodarse con los hombres con quienes tenia que vivir, y hacer de necesidad virtud? Este modelo del hombre amable que tanto la embelesaba, y tanto repetia en todas sus conversaciones, hizo conjeturar á su madre que el mal tenia algun otro fundamento que todavía ignoraba, y que Sofia no se lo habia dicho todo. Abrumada la infeliz con su secreta pena, solamente procuraba explayarse. Estréchala su madre, titubea, ríndese en fin, y saliéndose del cuarto sin hablar palabra, vuelve á entrar con un libro en la mano: «Compadezca V. á su desdichada hija, su tristeza es irremediable, y su llanto no puede agotarse. ¿Quiere V. saber la causa? Pues ahí la tiene.» Dijo, y arrojó el libro sobre la mesa. Cójale su madre, le abre, y ve las *Aventuras de Telémaco*. Al pronto no adivina este enigma; mas luego, á fuerza de preguntas y oscuras respuestas, ve, extrañándose de un modo indecible, que su hija es la rival de Eucaris.

Sofia amaba á Telémaco, y le amaba con una pasion de que nada la pudo sanar. Luego que sus padres conocieron la manía, se rieron de ella, y quisieron desvanecérsela con el raciocinio. Se equivocaban, que no estaba toda la razon de su parte; tambien tenia Sofia la suya, y sabia esforzarla. ¡Cuántas veces los hizo callarse valiéndose contra ellos de sus propios argumentos; mostrándoles que ellos eran la causa de todo el daño, por no haberla formado para un hombre de su

siglo; que sería forzosamente necesario que ella adoptase el modo de pensar de su marido, ó que este le inspirase el suyo: que el primer medio se le habian hecho impracticable por el modo como la habian educado, y el otro era justamente lo que ella buscaba! «Denme, decia, un hombre imbuido en mis máximas, ó que pueda yo persuadirselas, y me caso al instante: ¿pero hasta tanto, por qué me riñen Vds.? Compadézcanme, que soy desdichada y no loca. ¿Pende el corazon de la voluntad? ¿No lo ha dicho mi propio padre? ¿Es culpa mia si amo lo que no existe? No soy ilusa: no quiero un príncipe, no busco á Telémaco, bien sé que es mera ficcion; busco uno que se le parezca. ¿Y por qué no ha de poder existir este uno, una vez que existo yo, que me siento con un corazon tan semejante al suyo? No, no deshonremos así la humanidad; no pensemos que sea mera ilusion un hombre virtuoso y amable. Existe, vive, acaso me busca, busca un alma que sepa amarle. ¿Pero quién es? ¿Dónde está? No lo sé: ninguno es de los que he visto; y sin duda ninguno de los que he de ver. ¡Oh, madre mia! ¿Por qué me ha pintado V. la virtud tan amable? Mas culpa es de V. que mia, si solo á ella puedo amar.»

¿Conduciré hasta su catástrofe esta triste narracion? ¿Diré las porfiadas contiendas que á ella precedieron? ¿Representaré á una madre impacientada convirtiendo en rigores sus primeros alhagos? ¿Mostraré á un padre enojado, que olvidando sus primeras promesas trata de loca á la mas virtuosa de las hijas? Finalmente, ¿pintaré á la desventurada, mas apegada á su fantasia con la persecucion que por ella padece, caminando con lentos pasos á la muerte, y descendiendo á la tumba, cuando creen arrastrarla á las aras? No; desviemos estos fúnebres objetos. No es necesario pasar tan adelante para hacer ver con un ejemplo bastante exacto, segun creo, que no obstante las preocupaciones originadas de las costumbres del siglo, no es mas ajeno de las mujeres que de los hombres el entusiasmo de lo decente y lo hermoso, y que bajo la direccion de la naturaleza nada hay que tanto de ellas, como de nosotros, no pueda alcanzarse.

Aquí me paran, preguntándome si es la naturaleza la que manda que nos afanemos tanto para reprimir los deseos inmoderados. Respondo que no, pero que tampoco es ella la que nos dá tantos deseos de esa especie. Ahora bien, todo cuanto no es de la naturaleza es contra ella; esto lo he probado mil veces.

Restituyamos su Sofia á nuestro Emilio; resucitémos á esta amable doncella para darle imaginacion menos viva y mas venturoso destino. Quería pintar una mujer comun, y á fuerza de elevar su alma he turbado su razon; yo mismo me he descaminado. Volvamos atrás. Sofia no tiene mas que buena indole con un alma comun; todas las demás ventajas que tiene sobre las otras mujeres, son efecto de su educacion.

En este libro me he propuesto decir todo cuanto era posible hacer, dejando á cada uno la eleccion de aquello que esté á su alcance en cuanto bueno puedo haber dicho. Al principio habia pensado formar de antemano la compañera de Emilio, y educarlos juntos uno para otro; pero reflexionándolo mejor, he visto que todas estas disposiciones sobrado prematuras eran mal entendidas, y que era absurdo destinar dos niños á que se uniesen antes de poder saber si esta union estaba en el órden de la naturaleza, y si tendrian las convenientes relaciones entre sí para formarlas. No se ha de confundir lo que es propio del estado natural, con aquello que lo es del estado civil. En el primero, todas las mujeres convienen á todos los hombres, porque unos y otros solo tienen la forma comun y primitiva; en el segundo, desenvuelto cada carácter por las instituciones sociales, y habiendo recibido cada espíritu su forma propia y determinada, no de la educacion solo, sino del bien ó mal ordenado concierto de la índole y la educacion, es imposible aparearlos como no sea presentándolos uno á otro, para ver si bajo todos aspectos se convienen, ó preferir al menos la eleccion que mas consonancias presentare.

Lo malo es, que desenvolviendo los caractéres distingue el estado social las gerarquias, y no siendo uno de estos dos órdenes semejante al otro, cuanto mas se

distinguen las condiciones, mas se confunden los caracteres. De aquí los matrimonios desiguales, y todos los desórdenes que de ellos proceden; donde se ve, por una consecuencia evidente, que cuanto mas nos desviamos de la igualdad, mas se alteran los sentimientos naturales; cuanto mas crece el intervalo de los grandes á los pequeños, mas se afloja el vínculo conyugal; cuantos mas ricos y pobres hay, menos son los padres y maridos. Ni el amo ni el criado tienen familia; cada uno de ellos solo ve su estado.

¿Quereis precaver los abusos, y hacer matrimonios dichosos? Sofocad las preocupaciones, olvidaos de las instituciones humanas, y consultad la naturaleza. No unais personas que solo se convienen por una determinada condicion, y que variando esta no se convendrán ya, sino personas que se convengan en cualquiera situacion que se hallaren, en cualquiera pais que habitaren, y en cualquiera clase á que pudiesen llegar. No digo que sean indiferentes en el matrimonio las relaciones de convencion; digo si, que de tal modo es mas poderoso el influjo de las relaciones naturales que el de las de convencion, que él solo decide del destino de la vida, y hay tal consonancia de gustos, genios, sentimientos y caracteres, que debiera persuadir á un padre cuerdo, aunque fuera un noble ó un monarca, á dar á su hijo la doncella con quien tuviese todas estas concordancias, aunque fuese hija de un mendigo ó hubiese nacido en una familia deshonrada. Si sostengo, que aunque todas las desgracias imaginables debiesen caer sobre dos esposos estrechamente unidos, mas felicidad verdadera disfrutarán llorando juntos, que las que tendrían con todas las buenas fortunas de la tierra, envenenadas con la desunion de los corazones.

Así, en vez de destinar desde la niñez una esposa á mi Emilio, he aguardado á saber la que le conviene. No soy yo quien fijo este destino, es la naturaleza; mi negocio es atinar la eleccion que ha hecho aquella. Digo mi negocio, y no el de su padre, porque cuando me fió su hijo, me cedió su puesto, y substituyó á su derecho el mio; yo soy el verdadero padre de Emilio, yo quien le hice hombre. Me habria negado á educarle si no me

hubieran dejado árbitro de casarle á su gusto, es decir, al mio. Solo la satisfaccion de hacer á uno dichoso puede resarcir de los afanes que cuesta el poner á un hombre en estado de que lo sea.

No creais tampoco que haya yo aguardado, para encontrar la esposa de Emilio, á que me encargara de buscarla. Esta fingida pesquisa solo ha sido un pretexto para darle á conocer las mujeres, á fin de que comprendiese el valor de la que le conviene. Mucho tiempo hace que está hallada Sofia; acaso la ha visto ya Emilio, pero no la reconocerá hasta que sea tiempo.

Aunque no sea necesaria la igualdad de las condiciones para el matrimonio, cuando esta se junta con las demás consonancias, las da nuevo precio; no hace contrapeso á ninguna, pero inclina la balanza cuando está en el fiel.

No puede un hombre, á menos que sea monarca, buscar mujer en todos los estados, porque las preocupaciones que él no tuviere las encontrará en los demás; y aunque cierta doncella le conviniese, no por eso la alcanzaria. Hay por tanto máximas de prudencia que deben poner límite á las pretensiones de un padre de juicio: no ha de querer para su alumno un establecimiento superior á su clase, pues eso no pende de él, y aun cuando pendiera, no debería desearlo: ¿porque, qué importa al mancebo la gerarquía, á lo menos al mio? No obstante, si sube, se espone á mil males reales que sentirá toda su vida. Digo tambien que no ha de querer compensar bienes de naturaleza distinta, como la nobleza y el dinero, porque cada uno de ellos da menos realce al otro que lo que él se altera; además nunca hay avenencia acerca de la valuacion comun; y finalmente, porque la preferencia que cada uno da á lo que aporta prepara la discordia entre ambas familias, y muchas veces entre ambos esposos.

Tambien es cosa muy distinta para el orden del matrimonio que el hombre case con mujer superior ó inferior á él; lo primero es totalmente contrario á la razon, lo segundo se conforma mas con ella. Como la familia está conexas con la sociedad por sola su cabeza, el estado de esta cabeza es el que arregla el de la familia en-

tera. Cuando se casa en clase inferior, no baja él, sino que encumbra á su esposa; por el contrario, cuando toma una mujer superior á él, la rebaja sin encumbrarse. De suerte que en el primer caso resulta bien sin mal, y en el segundo mal sin bien. Quiere tambien el órden de la naturaleza, que obedezca la mujer al hombre; por tanto, cuando la escogé en un órden inferior, concuerdan el órden natural y el civil, y está todo bien. Lo contrario sucede cuando casándose en superior clase se constituye el hombre en la alternativa de faltar á sus derechos ó á la gratitud, y ser ingrato ó despreciado. La mujer, pretendiendo entonces la autoridad, tiraniza á su dueño; y convertido en esclavo, el amo se encuentra la mas ridícula y miserable de las criaturas. Así son aquellos desventurados validos que honran y atormentan, haciéndolos sus favoritos, los reyes del Asia, y que, para acostarse con sus mujeres, dicen que se meten en la cama por los pies.

Tal vez muchos lectores, acordándose de que doy á la mujer talento natural para gobernar al hombre, me acusen aquí de contradiccion; y se engañarán. Mucha diferencia hay de arrogarse el derecho de mandar, á gobernar al que manda. El imperio de la mujer es un imperio de dulzura, maña y condescendencia; sus órdenes son los halagos, sus amenazas los llantos. Debe reinar en casa, como un ministro en la nacion, procurando que le manden lo que quiere hacer. En este sentido, es constante que los mejores matrimonios son aquellos en que tiene la mujer mas autoridad. Pero cuando desconoce la voz del cabeza, cuando quiere usurpar sus derechos y mandar ella, solo miseria, escándalo y deshonor resultan de este desórden.

Réstanos la eleccion entre las iguales y las inferiores suyas, y todavia creo debe hacerse una restriccion con respecto á las últimas, porque es dificultoso encontrar en las heces del pueblo una mujer capaz de hacer feliz á un hombre honrado: no porque haya mas vicios en las últimas clases que en las primeras, sino porque hay en ellas pocas ideas de lo que es hermoso y decente, y porque la injusticia de los demás estados hace que este tenga á justicia sus mismos vicios.

Naturalmente el hombre piensa poco. Pensar es un arte que aprende como todos los demás, y con mucha mas dificultad. Solo dos clases realmente distintas conozco en ambos sexos; la una de personas que piensan, y la otra de las que no piensan: diferencia que casi únicamente proviene de la educacion. Un hombre de la primera de estas dos clases no se debe casar en la otra, porque falta el mayor embeleso de la sociedad en la suya, cuando teniendo mujer se ve obligado á pensar solo. Las personas que pasan la vida entera trabajando en un oficio no tienen otra idea que la de su trabajo ó su interés, y todo su entendimiento se encuentra al extremo de sus brazos. Esta ignorancia no perjudica á la probidad, ni á las sanas costumbres, y hasta puede contribuir á ellas; muchas veces se compone uno con sus obligaciones á puro reflexionar sobre ellas, y acaba sustituyendo á las cosas reales una fantasia. El mas ilustrado de los filósofos es la conciencia: no es menester saber los Oficios de Ciceron para ser hombre de bien, y acaso la mujer mas honesta del mundo sabe apenas lo que sea honestidad. No por eso es menos cierto que solo un entendimiento cultivado hace agradable el trato, y que es triste cosa para un padre de familias, á quien gusta estarse en casa, verse obligado á encerrarse dentro de sí mismo, sin poder ser entendido de nadie de su familia.

Por otra parte, ¿cómo ha de educar á sus hijos una mujer que no tiene costumbre de reflexionar? ¿Cómo les ha de discernir lo que les conviene? ¿Cómo los ha de disponer para las virtudes que no conoce, para el mérito de que no tiene idea ninguna? No sabrá otra cosa que halagarlos ó amenazarlos, hacerlos insolentes ó medrosos; los hará tontos ó pillos, mas nunca cabezas sanas ni criaturas amables.

Por tanto, no conviene á un hombre que tiene educacion casarse con mujer que no la tenga, ni por consiguiente de una clase en que sea imposible tenerla. Pero todavia querría cien veces mas una muchacha sencilla y con tosca educacion, que una erudita y marisabidilla que viniese á formar en mi casa un tribunal de literatura, haciéndose la presidenta. Una mujer de esta especie es el azote de su marido, de sus hijos, de sus amigos, de

sus criados, de todo el mundo. Desde la sublime elevación de su vasto ingenio, mira con desprecio todas las obligaciones de mujer, y siempre empieza haciéndose hombre. Fuera de casa se hace ridícula y es criticada con mucha razón, porque no puede menos de serlo cualquiera que sale de su estado, y no está destinado para aquel que quiere tomar. Todas esas mujeres de gran talento solo á los tontos engañan: siempre se sabe cual es el artista ó el amigo que lleva la pluma ó el pincel cuando trabajan, y cual el misterioso letrado que secretamente las dicta sus oráculos. Toda esta embustería es indigna de una mujer honrada; y aun cuando tuviese verdadero talento, le envilecería su presunción. Ser ignorada, es su dignidad; su gloria se funda en la estimación de su marido, y sus contentos en la dicha de la familia. Lector, á vos propio apelo: sed sincero. ¿Qué os da mejor idea de una mujer, cuando entráis en su gabinete, y hace que os acerqueis á ella con mas respeto; verla ocupada en las tareas de su sexo, en los cuidados caseros, arreglando la ropa de sus hijos; ó encontrarla en su tocador componiendo versos, cercada de folletos de toda especie, y de esquelitas de todos colores? Ninguna soltera literata hallará marido en toda su vida, cuando no haya en la tierra mas que hombres de juicio,

Quæris cur nolim te dicere, Galla? diserta es (1).

Después de estas consideraciones viene la de la figura, que es la primera que se nota, y la última que debe hacerse; pero todavía se ha de apreciar en algo. La mucha hermosura me parece se debe huir mas bien que desearse en el matrimonio. La beldad se gasta pronto con la posesión: al cabo de seis semanas ya no es nada para el poseedor: pero sus peligros duran tanto como ella. A menos que una mujer hermosa sea un ángel, su marido es el mas desventurado de los hombres; y aun cuando ella fuese un ángel ¿cómo ha de impedir que su esposo se halle sin cesar cercado de enemigos? Si no

(1) ¿Por qué contigo no me caso dices?
Eres sabida, Galla.

MARCIAL, XI, epigr. 20.

fuera repugnante la suma fealdad, la prefiriera yo á la suma belleza; porque como al poco tiempo son nulas para el marido una y otra, la belleza es un inconveniente, y la fealdad una ventaja. Pero la mayor desdicha es una fealdad que cause repugnancia: lejos de borrarse este afecto, se aumenta sin cesar, y se convierte en odio. Semejante matrimonio es un infierno; mas valiera estar muertos que unidos de esta suerte.

Buscad en todo la medianía, hasta en la belleza. Una figura que agrada y capta el ánimo, que inspira mas benevolencia que amor, es preferible, no causa sustos al marido, y las utilidades de ella redundan en comun provecho. Las gracias no se gastan como la belleza; tienen vida; sin cesar se renuevan, y al cabo de treinta años de matrimonio, una mujer honrada con gracias, agrada á su marido lo mismo que el primer día.

Estas son las reflexiones que me han determinado para la elección de Sofia. Alumna de la naturaleza así como Emilio, es mas á propósito para él que ninguna otra; será la mujer del hombre. Igual suya en mérito y cuna, es inferior en punto á riqueza. A primera vista no embelesa, pero gusta mas cada día. Por grados prenda mas sus dotes; solo se desenvuelven en la intimidad del trato, y mas que nadie las reconocerá su marido. Su educación no es brillante ni abandonada: tiene gusto sano sin cultivo, talento sin arte, juicio sin conocimientos. Su entendimiento ignora, pero está cultivado para aprender; es tierra bien abonada que solo espera la semilla para fructificar. No ha leído otros libros que el de su aritmética y el de las aventuras de Telémaco, que por casualidad le vino á las manos; ¿pero tiene el corazón insensible y el alma privada de delicadeza una doncella capaz de apasionarse de Telémaco? ¡Oh, qué amable ignorante! ¡Venturoso el que esté destinado á instruirlo! No será profesora de su marido, sino su discípula: lejos de quererle sujetar á sus gustos, se acostumbrará á los de él. Este la querrá mas que si estuviese instruida, porque tendrá la satisfacción de enseñárselo todo. Tiempo es ya de que se vean; ocupémonos en reunirlos.

Tristes y pensativos salimos de la capital: este pue-

blo de charlatanes no es nuestro centro. Vuelve Emilio una desdeñosa mirada hacia esta populosa villa, y dice despechado: «¡Cuántos días perdidos en vanas pesquisas! ¡Ah, no es ahí donde reside la esposa de mi corazón! Amigo mío, bien lo sabiais vos; pero mi tiempo os importa poco, y mis males os dan poco duelo.» Mírole de hito en hito, y le digo: «¿Emilio, creéis lo que decís?» Al instante se cuelga confuso de mi cuello, y me estrecha en sus brazos sin responderme. Siempre es esta su respuesta cuando ha obrado mal.

Vamos por esos campos como verdaderos caballeros andantes; no buscando, como ellos, aventuras, pues al contrario huimos de ellas abandonando la ciudad; pero imitando su andar errante, desigual, aguijando á veces el paso, y caminando otras muy despacio. A fuerza de seguir mi método, ya se habrá el lector embebido en su espíritu; y espero que no haya ninguno tan preocupado por los estilos comunes, que suponga que vamos en una silla de posta, bien cerrada y abrigada, sin ver ni observar nada, y haciendo nulo el intervalo desde el sitio de nuestra partida al de nuestro arribo, y con nuestro ligero andar perdiendo el tiempo creyendo ganarle.

Dicen los hombres que es corta la vida, y veo que se afanan por acortarla. No sabiendo en qué emplear el tiempo, se quejan de la velocidad de su curso, y para su gusto corre con sobrada lentitud. Llenos siempre del objeto á que aspiran, ven con pesadumbre el intervalo que de él los desvía: uno quisiera estar en el día de mañana, otro en el mes próximo, otro diez años mas tarde; ninguno quiere vivir hoy ni está satisfecho con la hora presente, y todos encuentran su curso lento en demasía. Cuando se quejan de que corre muy rápido el tiempo, mienten, que con gusto pagaran la facultad de acelerarle; con gusto emplearán su caudal en consumir la vida entera; y acaso no hay uno que no hubiera ceñido sus años á cortísimas horas, si á gusto de su tedio hubiera podido quitar de ellos las que para él eran penosas, ó á gusto de su impaciencia las que le desviaban del ansiado instante. Hay quien pasa la mitad de su vida en ir de la ciudad al campo, del campo á la ciudad, y de un barrio á otro, que no sabria qué hacerse con

sus horas, si así no hubiera dado en el modo de perderlas, y que de propósito se desvía de sus asuntos para ocuparse en buscar otros; que cree que gana el tiempo que en ellos gasta de mas, y que no sabria de otro modo en qué emplear; ó bien corre por correr, y viene en posta, sin otro objeto que volverse como vino. ¡Oh mortales! ¿No cesareis nunca de calumniar á la naturaleza? ¿Por qué os quejais de que es corta la vida, y aun no lo es tanto como deseais? Si uno de vosotros supiese refrenar lo bastante sus deseos para no anhelar nunca que pasase el tiempo, ese no la tendria por muy corta; para él vivir y gozar serian una misma cosa; y aunque hubiese de morir mozo, siempre moriria colmado de días.

Aun cuando no hubiera sacado de mi método mas ventaja que esta, solo por ella se debiera preferir á cualquiera otro. No he educado yo á mi Emilio para desear ni para aguantar, sino para disfrutar; y cuando explaya sus deseos mas allá de lo presente, nunca es con tan impetuoso ardor, que le importune la lentitud del tiempo. No solo disfrutará del gusto de desear, sino del de acercarse al objeto que desea; y de tal modo son moderadas sus pasiones, que siempre está mas donde se encuentra que donde se ha de hallar.

Así no viajamos como postillones, sino como caminantes; no solo pensamos en los dos términos, sino en el intervalo que los separa. El mismo viaje es una diversion para nosotros: no le hacemos místicamente sentados y como encarcelados en una cerrada jaula, ni viajamos con la molicie y sosiego de las mujeres. Ni nos privamos del cielo raso, ni del espectáculo de los objetos que nos rodean, ni de contemplarlos á nuestro sabor como y cuando nos acomoda. Nunca se metió Emilio en un coche de camino, ni corre la posta á menos que lleve prisa. ¿Y qué puede dar prisa á Emilio? Solo una cosa; gozar de la vida. ¿Añadiré, hacer bien cuando puede? No, porque eso tambien es disfrutar de la vida.

Un solo modo concibo de viajar mas agradablemente que á caballo, que es ir á pié. Sale uno cuando quiere, se para cuando se le antoja, anda tanto camino como le acomoda. Observa el país, se aparta á izquierda

y á derecha, examina cuanto le interesa, se detiene en todos los puntos de vista. Si veo un rio, sigo su corriente; si un espeso bosque, voy gozando su sombra; si una gruta, la visito; si una cantera examino los minerales. Donde me divierto me paro; así que me aburro me voy. No dependo ni de caballos ni de postillon: no necesito escoger caminos trillados y veredas cómodas; por donde puede pasar un hombre, paso yo; cuanto puede ver un hombre, lo veo; y dependiendo solo de mí propio, disfruto cuanta libertad puede uno disfrutar. Si me detiene el mal tiempo, y me aburro, tomo entonces caballos. Si estoy cansado.... Pero Emilio se cansa poco, es robusto: ¿y por qué se ha de cansar? Nadie le corre. Si se detiene, ¿cómo se ha de aburrir? A todas partes lleva con qué divertirse. Entra en casa de un maestro, trabaja, ejercita sus brazos para que descansen sus piés.

Viajar á pié, es viajar como Tales, Platon, Pitágoras. Apenas comprendo cómo se puede resolver un filósofo á viajar de otro modo, y privarse el exámen de las riquezas que huella con sus plantas, y que á sus ojos ostenta pródiga la naturaleza. ¿Quién algo aficionado á la agricultura no desea conocer las producciones peculiares al clima que atraviesa, y el modo de cultivarlas? ¿Quién se puede resolver, si es algo dado á la historia natural, á pasar por un terreno sin examinarle, por una roca sin descantillarla, por montañas sin herborizar, por entre piedras sin buscar fósiles? Vuestros filósofos de estrados estudian la historia natural en gabinetes; poseén bujerías, saben nombres, y no tienen idea ninguna de la naturaleza. Pero el gabinete de Emilio es más rico que el de los reyes, porque es el mundo entero. Cada cosa está en su lugar: el naturalista que de él cuida, todo lo tiene colocado en perfectísimo órden.

¡Cuántos diversos contentos se reúnen con este agradable modo de viajar! sin contar la salud que se robustece y el génio que se explaya. Siempre he visto que los que viajaban en buenos y cómodos coches iban pensativos, tristes, regañones y desazonados, y los de á pié siempre alegres, listos y satisfechos. ¡Cuánto se en-

sancha el corazon cuando se llega á la posada! ¡Cuán sabrosa parece una tosca comida! ¡Con qué gusto se pone uno á la mesa! ¡Qué buen sueño se duerme en un duro lecho! El que solo quiere llegar, puede correr la posta; pero el que quiera viajar, ha de ir á pié.

Si, antes de haber andado cincuenta leguas del modo que imagino, no está olvidada Sofia, ó tengo muy poca maña ó Emilio muy poca curiosidad; porque con tantos conocimientos elementales difícil es que no le vengan deseos de adquirir otros. A medida que es mayor la instrucción; crece la curiosidad; y precisamente él sabe lo bastante para querer aprender.

No obstante, un objeto llama á otro, y siempre vamos adelante. He prescrito un término distante á nuestro primer viaje, y el pretexto es plausible; quien sale á buscar mujer, preciso es que vaya muy lejos.

Un dia, despues de habernos descarriado mas que de ordinario por montes y valles donde no se distingue camino alguno, no sabemos hallar el nuestro. Poco importa con tal que llegue uno: todos los caminos son buenos, pero es necesario llegar á alguna parte, cuando hay hambre. Por fortuna encontramos un rústico que nos lleva á su choza, y comemos con mucha gana su frugal vianda. Viéndonos tan fatigados, tan hambrientos, nos dice: «Si Dios los hubiera guiado á Vds. del otro lado de la colina, habrian sido mejor recibidos, hubieran dado con una casa de paz... con personas tan caritativas... con tan buena gente... No tienen mejor corazon que yo, pero son mas ricos, aunque dicen que en otro tiempo lo eran mucho mas... No les falta nada, gracias á Dios; y todo el país saca utilidad de lo que les queda.»

Al oír la palabra de *buena gente*, se dilata el corazon de Emilio. «Amigo mio, dice mirándome, vamos hácia esa casa á cuyos amos bendice la vecindad: mucho gustaria de verlos, y acaso ellos gustarán de vernos también. Estoy cierto de que nos recibirán bien: si son de los nuestros, seremos de los suyos.»

Tomadas bien las señas de la casa, seguimos vagando por los bosques; nos coge un fuerte aguacero en el camino y nos retarda sin detenernos. Salimos al fin del

apuro, y al anochecer llegamos á la casa indicada. En la inmediata aldehueta, esta casa sola, aunque sencilla, tiene alguna apariencia. Nos presentamos, y pedimos hospitalidad: nos introducen á hablar con el amo; nos hace preguntas, pero con cortesía: sin decir el motivo de nuestro viaje, decimos el de nuestro rodeo. De su pasada opulencia ha conservado la facilidad de conocer el estado de las personas por sus modales; cualquiera que ha vivido en el inundo rara vez se engaña en esta parte: con este pasaporte somos admitidos.

Nos enseñan un aposento muy chico, pero limpio y cómodo: hacen lumbre, hallamos ropa blanca, y todo lo que necesitamos. «¡Qué! dice Emilio asombrado, parece que nos aguardaban. ¡Oh, cuánta razon tenia el rústico! ¡Qué bondad! ¡Qué prevision! ¡Y con gente desconocida! Me parece que estoy en los tiempos de Homero.»—«Agradeced todo eso, le dije, pero no lo estrañeis; en todas partes donde son raros los forasteros, son agasajados: no hay cosa que mas convide á la hospitalidad que el no verse muchas veces en la necesidad de darla: la afluencia de huéspedes es la que la destruye. En tiempo de Homero viajaban poco, y eran en todas partes bien recibidos los caminantes. Acaso somos nosotros los únicos pasajeros que se han visto aquí en todo el año.»—«No importa, replicó, eso mismo hace su elogio, el saber vivir sin huéspedes, y recibirlos bien siempre.»

Enjutos y mudados de ropa, volvemos á buscar al amo de casa, que nos presenta á su mujer; esta nos recibe, no solo con cortesía, sino con bondad. Sus miradas se dirigen con preferencia á Emilio. En la situacion en que aquella se encuentra, rara vez mira una madre sin interés, ó á lo menos sin curiosidad, entrar un hombre de esta edad en su casa.

En nuestro obsequio hacen adelantar la cena. En el comedor vemos cinco cubiertos; nos sentamos, y queda uno vacío. Entra una jóven, hace una cortesía, y se sienta modestamente sin hablar palabra. Ocupado Emilio con su apetito y con sus respuestas, la saluda, habla y come: tan desviado está de su mente el principal objeto de su viaje, que todavia se cree muy distante del término. Entáblase la conversacion sobre nuestro ex-

travio. «Caballero, le dice el amo de casa, V. me parece un mozo amable y cuerdo; y esto me hace pensar que V. y su ayo han llegado aquí como Telémaco y Mentor á la isla de Calipso.»—«Verdad es, responde Emilio, que encontramos aquí la hospitalidad de Calipso.»—«Y las gracias de Eucaris,» añadió yo. Pero Emilio conoce la Odisea, y no ha leído á Telémaco, ni sabe lo que es Eucaris. Veo que la jóven se pone colorada hasta los ojos, que baja sobre su plato, y no se atreve á respirar. La madre, que repara en su confusion, hace una seña al padre, y este muda de conversacion. Hablando de su soledad, insensiblemente viene á referir los sucesos que en ella le han encerrado, las desventuras de su vida, la constancia de su esposa, los consuelos que en su union han encontrado, la vida serena y tranquila que pasan en su retiro; pero sin decir una palabra de su hija. Todo esto forma una tierna y grata narracion que no se puede escuchar sin interés. Conmovido y enternecido Emilio, deja de comer por escuchar. Finalmente, en el pasaje en que el mas honrado de los hombres se explaya hablando del cariño de la mas digna de las mujeres, el caminante mozo, fuera de sí, aprieta una mano del marido que tiene agarrada, coge con la otra la de la mujer, y arbatado se inclina sobre ella, regándola en llanto. La cándida viveza del mancebo hechiza á todos; pero la doncella, mas enternecida que nadie con esta señal de su buen corazon, cree ver á Telémaco compadecido de las desdichas de Filoctetes. Le mira á hurtadillas para examinar mejor su figura, y nada en ella encuentra que desmienta la comparacion. Su aspecto es libre sin arrogancia, sus modales vivos sin atolondramiento; su sensibilidad hace mas dulce su mirada, y mas tierna su fisonomía: la doncella que le vé llorar tiene asomadas las lágrimas que van á mezclarse con las suyas. Con tan hermoso pretexto, la retiene una secreta vergüenza: ya no se acusa del llanto que á brotar de sus ojos iba, como si verterle por su familia fuera reprehensible.

La madre, que desde el principio de la cena no ha cesado de observarla, vé que está violenta, y para que se reponga la envia con un recado á otra habitacion. Al

cabo de un rato vuelve á entrar, pero tan desasosegada aun, que su agitacion es visible á los ojos de todos. Dícela su madre con blandura: «Sofía, serénate; ¿no has de cesar nunca de llorar las desgracias de tus padres? Tú, que eres su consuelo, no las sientes mas que ellos.»

A Emilio le da un brinco el corazón al oír el nombre de Sofía. Con la impresion que le hace tan amado nombre, se despierta sobresaltado, y clava una ansiosa mirada en la que le lleva. ¡Sofía, y Sofía! ¿sois vos la que busca mi alma? ¿la que ama mi corazón? La observa, la contempla con una mezcla de temor y desconfianza. No ve exactamente la figura que él se habia retratado, ni sabe si la que ve vale mas ó menos. Estudia cada facion, acecha cada movimiento, cada ademan; para todo halla mil interpretaciones confusas; diera la mitad de su vida porque quisiera ella hablar una sola palabra. Me mira inquieto y turbado; sus ojos me hacen cien preguntas á un tiempo, cien cargos. Parece que con cada mirada me dice: «Guiadme que aun es tiempo; si se entrega mi corazón y se engaña, no volveré de mi error en la vida.»

Emilio es el hombre del mundo que menos sabe disimular. ¿Cómo ha de disimular en la mayor turbacion de su vida, entre cuatro espectadores que le examinan, y que el mas distraido de ellos en la apariencia es efectivamente el mas atento? No se esconde su desasosiego á los sagaces ojos de Sofía; de sobra la instruyen de que es ella el objeto; bien ve que esta inquietud todavia no es amor: ¿mas qué importa? en ella se ocupa, y eso basta; mucha será su desgracia si se ha ocupado impunemente.

Las madres tienen ojos como sus hijas, y además experiencia. La de Sofía se sonríe al mirar el logro de nuestros proyectos. Lee dentro del corazón de ambos jóvenes, ve que es tiempo de fijar el del nuevo Telémaco, y hace que hable su hija. Esta, con su natural dulzura, responde en un tono tímido que produce más efecto. Al primer sonido de esta voz se rindió Emilio; es Sofía, ya no lo duda: aunque no lo sea, es ya muy tarde para desdecirse.

Entonces sí que los embelesos de esta encantadora doncella inundan en torrentes su corazón, y se atraganta bebiendo ansioso el tósigo con que le embriaga.

Ya no habla, ya no responde, solo ve á Sofía, solo á Sofía oye: si ella dice una palabra, abre él la boca; si ella baja los ojos, él los baja; si la ve respirar, respira; parece que le anima el alma de Sofía. ¡Cómo ha mudado la suya en pocos instantes! Ya no debe temblar Sofía, ahora le toca á Emilio. Adios libertad, candor, franqueza. Confuso, embargado, medroso, no se atreve á mirar en torno suyo por temor de ver que le miran. Avergonzado de que le adivinen, se quisiera volver invisible para saciarse de contemplarla sin que le observaran. Sofía, por el contrario, se ha serenado con el temor de Emilio; contempla su victoria, y se goza en ella.

Nol mostra guíá, ben che in suo cor ne rida (1).

No ha mudado de semblante; mas á pesar de su ademan modesto y sus ojos bajos, palpita de júbilo su tierno pecho, y le dice que Telémaco está encontrado.

Si entro aquí en la historia cándida y sencilla además de sus inocentes amores, acaso algunos tomarán á frívolo juguete, estas menudas circunstancias, y no tendrán razon. No se considera lo suficiente el influjo que la estrechez primera de un hombre con una mujer ha de tener en la vida de ambos, ni se contempla que la impresion primera, cuando es tan viva como la del amor, ó la propension que á este sustituye, produce dilatados efectos, cuyo encadenamiento en el progreso de los años no se percibe, pero que no cesan de obrar hasta la muerte. En los tratados de educacion, nos ponen un monton de inútiles y necias palabrotas acerca de las fantásticas obligaciones de los niños; y ni una palabra nos hablan de la parte mas dificultosa y mas importante de la educacion, es decir, de la crisis que sirve de tránsito de la niñez al estado de hombre. Si he podido hacer provechosos estos ensayos bajo algun aspecto, será con especialidad por haberme dilatado mucho en esta parte esencial, omitida por todos los demás, y por no haberme retraído de la empresa por falsas de-

(1) No lo muestra, aunque ríe en su interior.